

BORGES SEGÚN CASTELLANI

BORGES BY CASTELLANI

PEDRO LUIS BARCIA

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas (Buenos Aires)

«Borges me inspira el más vivo interés. Nos parecemos en varias cosas y divergimos en una sola»¹.

RESUMEN. La intención es presentar la figura de Borges a través de las estimaciones de Castellani, circunstanciales a veces y analíticas otras. Castellani revela un interés real por el caso que le propone Borges y una voluntad de justicia estimativa.

PALABRAS CLAVE. Leonardo Castellani. Jorge Luis Borges. Baltasar Gracián. Crítica literaria.

ABSTRACT. This paper intends to present Borges through Castellani's judgements, sometimes circumstan-

1. Leonardo CASTELLANI, «Impresiones y sombras teológicas», *Dinámica Social* (Buenos Aires), n. 33-34 (1953); recogido en *Crítica literaria*, Buenos Aires, Ediciones Dictio, 1974, pp. 188-193.

cial an other ones analytical. Castellani shows a true interest on Borges and gives a fair assesment to him.

KEY WORDS. Leonardo Castellani. Jorge Luis Borges. Baltasar Gracián. Literary review.

1. Presentación

Se cumple este año el centenario del nacimiento de dos figuras polémicas, diversas y valiosas de la cultura argentina: Jorge Luis Borges y Leonardo Castellani. El objeto de esta nota no es plutarquear con el trazado de las vidas paralelas de estas dos personalidades. Ni es tampoco mi intención el operar por polarización, confrontando ambas, recurrente procedimiento argentino de raíz romántica, desvirtuador de la verdad, que es sacrificada en aras de la oposición de antípodas, situando a uno en alfa y al otro en omega, se fuerzan conclusiones efectistas, contundentes y falaces; aparte, claro, de cómodas, porque evitan el esfuerzo de la matización. En fin, esas formas de simetrías antitéticas suponen una grave simplificación reductiva de la realidad.

Mi intención es presentar la figura de Borges a través de las estimaciones de Castellani, entre las que hay algunas circunstanciales y ligeras, y otras detenidas, analíticas. Más allá de los señalamientos puntuales, Castellani destinó una aplicada atención a Borges, en la que alternan afirmaciones rotundas y categóricas con calibraciones finas y penetrativas, lo que revela el interés real por el caso que le propone Borges y una voluntad de justicia estimativa. No sólo asentó afirmaciones críticas globales, sino que se aplicó a analizar un par de textos –un poema y una ficción–, imitó el poetizar borgesiano y plasmó una parábola dialogada en la que platican Epulón y Jorge Luis².

2. Cada vez que se consideran los desdichados avatares de la vida de Castellani, es recurrente fustigar a todas las autoridades eclesiásticas, sin distinción ni excepciones. Ello es, por lo menos, injusto. Cabe recordar –y el primer agradecido fue el mismo Padre, en los tres primeros casos que menciono, lo que daría la sensación de que no se atiende a este aspecto

No tuvo igual fortuna Castellani con Borges, quien no escribió una sola línea sobre don Leonardo y su obra. Se limitó, en un par de ocasiones, a contrapreguntar a quienes lo entrevistaban, si la persona de quien le hablaban era «un autor de novelas policiales». Es hartó extraño, y difícil de creer, que, al menos desde un ángulo de interés –dejando de lado el resto de la caudalosa obra castellaniana–, que Borges, tan apegado a Chesterton, no haya cursado alguno de los cuentos policiales –convivientes en algunas antologías con los de Borges– cuando la crítica del momento hablaba como de una proyección argentina del padre Brown en las figuras del padre Metri o de Pío Ducadelia³.

de lo escrito por Castellani– que monseñor Roberto Tavella, obispo de Salta, le dio, desde 1950, cobijo y protección en su diócesis, en años del «exilio interior» del Padre; que monseñor Audino Rodríguez Olmos, de San Juan, también lo respaldó y gestionó por él; que el Nuncio Apostólico monseñor Lino Zanini, fue el gestor de la reintegración al seno de la vida sacerdotal plena (1961) y que fue el Papa Juan XXIII «quien me devolvió la misa», como dice en la dedicatoria de su novela. En fin, hacia nuestros días, el Arzobispo de Buenos Aires y Cardenal Primado de la Argentina, lo que supone un peso considerable de significación, monseñor Antonio Quarracino, impulsó la difusión de su obra, alentó reediciones, prologó libros, estimuló homenajes y reconocimientos, y propuso formas concretas de honrarlo a Castellani, año tras año, con la mencionada Faja. No todos los gatos son pardos, sea válida la advertencia para clérigos y laicos.

3. Inevitablemente Borges debió de enterarse quién era Castellani en oportunidad del almuerzo en el que participó junto al Padre y a Ernesto Sábato, invitados por el general Videla durante el proceso militar. La oportunidad fue un interesante detector de actitudes. Borges, se mantuvo marginal, descomprometido con la realidad del momento. Sábato, manejó cambiantes compromisos de adhesiones y rechazos, públicos y documentables. Castellani fue el único que jugó una baraja valiente. Como previera que no podría meter baza en la conversación de sobremesa, llevó una carta escrita que entregó en manos de Videla. En ella pedía por el cuidado y la vida del desaparecido Haroldo Conti, cuya esposa lo había visitado días antes para informarlo de la situación. Lo que fue reclamo escrito fue real: *quod scripsi, scripsi*. El resto fue oralidad. Véase Pablo José HERNÁNDEZ, *Conversaciones con el Padre Castellani*, Buenos Aires, Hachette, 1977, pp. 47-48. Sábato le dio tratamiento ficcional nada simpático a Castellani en un pasaje de *Sobre héroes y tumbas*.

2. La lectura teológica

La primera razón de crítica que Castellani halla respecto de la literatura de Borges se da a propósito de la consideración que éste hace de la filosofía y de la teología en su obra. Hay una frase sabida, en el «Epílogo» de *Otras inquisiciones* (1952), que su autor retoma y reexpresa en otros sitios: «Estimar las ideas religiosas o filosóficas por su valor estético y aun por lo que encierran de singular o maravilloso». Para Borges la *Suma Teológica* de santo Tomás y la *Metafísica* de Aristóteles son textos imaginativos, nutridores o partícipes, de la literatura fantástica. Lo había anticipado en «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» cuando en el artículo apócrifo de la enciclopedia pirata dice: «La metafísica y la teología son ramas de la literatura fantástica».

Pero no se trata solo de una frase del creador Borges, sino de una estimación de lector (y adviértase el valor que Borges concede a la operación lectiva en sus ensayos), que deja de lado las dimensiones metafísicas y teológicas, particularmente éstas, en los textos que aborda como lector. Así, a propósito de la obra de Kafka, tempranamente afirmaba: «El pleno goce de la obra de Kafka no depende de ella» (de la interpretación teológica, planteada, entre otros, por Max Brod)⁴. Ahora bien, que no dependa de ella no supone que no pueda leerse, y con notable provecho de profundización interpretativa, *sub specie theologica*, y menos estimar que esta perspectiva sobre un texto sea necesariamente empobrecedora. Borges la descarta. Frente a esa doble descalificación y «desvirtuación» de la óptica teológica lanzada sobre el texto del autor checo, Castellani apunta: «Si se entiende por pleno goce la curiosidad diletante de la literatura, entonces quiza». Y avanza con observaciones esclarecedoras. Si Borges define que hay dos notas obsesivas en la obra de Kafka –lo seguirá repitiendo en el prólogo del tomo correspondiente de su *Biblioteca personal*, en 1984– que son: la *subordinación* y el *infinito*, se

4. Véase Leonardo CASTELLANI, «La desesperación pagana», *Criterio* (Buenos Aires), año XXVI, n. 683 (1941), pp. 323-326; recogido en *Las ideas de mi tío el Cura*, Buenos Aires, Editorial Excalibur, 1984, pp. 18-24. Comenta un tomito de trabajos de Kafka, algunos de ellos traducidos por Borges, y prologado por él.



pregunta Castellani: «Y luego, ¿no hay teología en Kafka? Esas dos notas son las que teológicamente definen la Creatura como creatura; y psicológicamente definen el sustento de la religiosidad, que no es sino “el sentimiento del infinito” (Max Scheler), o un “sentimiento de dependencia” (Santo Tomás), o un “sentimiento de dependencia infinita” (Schleiermacher)». La contradicción, o ceguera teológica, borgesiana señala con acuidad dos notas de dimensión teológica y las niega en su significación, a la hora de interpretar a partir de ellas, o con ellas, el texto. «Lo malo para Kafka (y para Borges) es que en ellos esas notas definen “la religiosidad perdida”, y, sin embargo, exigida, o sea “la privación de la religiosidad”».

3. El Infierno

En otros textos Castellani va a destacar una cierta tendencia «teologal» en el pensamiento de Borges, que el escritor se encarga de negar.

Castellani recuerda, repetidamente, en varios sitios de sus libros: «La primera blasfemia que estampó Borges en su vida; después ha hecho otras, más o menos ingeniosas»⁵. Se refiere a la negación del Infierno que aparece por vez primera en el ensayo «La duración del infierno» (1929), recogido en *Discusión* (1932) que es donde lo leyó el Padre⁶. En otro sitio comenta:

«Una vez había leído yo un libro de Borges sobre el Infierno, mejor dicho, contra una cantidad de cosas, casi todas malas, que se llama *Discusión*. El libro me hizo tensar,

5. Leonardo CASTELLANI, *El Evangelio de Jesucristo*, Buenos Aires, Ed. Itinerarium, 1958, p. 397. Hay reedición disponible: Buenos Aires, Vórtice, 1997, p. 403.

6. Jorge Luis BORGES, «La duración del Infierno», *Síntesis* (Buenos Aires), año 3, n. 25 (1929); lo recogió en *Discusión*, Buenos Aires, Manuel Gleizer, 1932. En una nota coetánea al ensayo, el poema «El Paseo de Julio», recogido en *Cuaderno San Martín* (1929), registra conceptos idénticos. En el «Prólogo» a *Discusión* Borges escribió: «mi afición incrédula y persistente por las dificultades teológicas», y en el ensayo: «Ningún otro asunto de la teología es para mí de igual fascinación y poder» que el del Infierno.

cosa que no me pasa con todos los libros de Borges; y con ninguno de Mallea; pensar en cosas de mi oficio. Borges se documentó acerca del Infierno en el *Diccionario enciclopédico hispano-americano* y refuta victoriosamente todos los argumentos que no prueban la existencia del Infierno, dándose el lujo de ignorar el único que lo prueba, que es la Sagrada Escritura aceptada como revelación –un poco como Samuel Butler, al cual admira–; para concluir con la blasfemia de que todo el que cree en el Infierno “es irreligioso”; con lo cual cae en la irreligión casi toda la Humanidad menos Borges; e inclusive Jesucristo⁷.

El apoyarse en el dicho *Diccionario* es un procedimiento frecuente en Borges: parte de un texto débil, incongruente, no específico en argumentación, se ensaña con él, lo deshace demostrando sus falencias. La segunda fuente que cita es Edward Gibbon, en su libro sobre el Imperio Romano, que tampoco es específico. Cita al teólogo evangélico Rothe, a Samuel Butler y a Bunyan. No explora tratados teológicos con tratamiento particular del tema infernal.

En 1942, Borges publicó un poema «Del Infierno y del Cielo», que recogería tardíamente en *El otro, el mismo*. En él niega todas las imágenes temibles o placenteras que las culturas y las teologías han propuesto de ambos sujetos, para concluir con que solo bastaría con

«la contemplación de ese inmediato rostro incesante, intacto, incorruptible, será para los réprobos, Infierno; para los elegidos, Paraíso».

A lo que Castellani respondería que Dios no podría ser dos cosas contrarias simultáneamente. Por lo demás, la contempla-

7. Leonardo CASTELLANI, *Domingueras prédicas*, Mendoza, Ediciones Jauja, 1998, p. 193; es una homilía datada en 1966. Ignacio ANZOÁTEGUI había reaccionado contra la blasfemia borgesiana en su respuesta a la «Discusión sobre J. L. Borges», que planteó la revista *Megáfono* (Buenos Aires), n. 11 (1933).



ción de Dios no puede ser infernal. Castellani advierte el riesgo de jugar con estos temas:

«Ojo con la justicia de Dios, porque es desmesurada y extrema; así como perdona en un instante, así también castiga en un instante, con un rigor implacable. Dice Jorge Luis Borges: “¿Qué proporción hay entre un pecado que se comete en un instante y el Infierno que dura para siempre?” (*Discusión*, p. 129). Yo lo único que digo, sin discusiones es esto: ojo con la justicia de Dios»⁸.

En el libro inmediatamente posterior a *El Evangelio de Jesucristo* titulado *Las parábolas de Cristo* (Buenos Aires, Itinerarium, 1959), retoma la cuestión de la existencia del Infierno según Borges:

«Jorge Luis Borges “el mejor escritor argentino” pensó que podía escribir una broma literaria antológica sobre la eternidad del Infierno. Se puso a ello y no pudo, pues el Infierno es un caso que no puede ponerse en humor: es una cosa para temblar, no para hacer chistes y así lo que hizo fue escribir en contra con indignación. Pero esa misma noche se le apareció en sueños el rico Epulón. El diálogo de ambos, cortado por varias lagunas ininteligibles (como el no orden que las produce) figura entre las *Doce parábolas cimarronas*» (p. 265).

Borges cerraba su ensayo de 1929 con una «Posdata» en la que figura un sueño en el que se siente en una especie de Infierno. Lo del sueño lo retomará Castellani para imaginar, en el librito citado, un diálogo de ultratumba entre «Jorge Luis y Epulón»⁹. El rico condenado se empeña en demostrarle el orden infernal, en tanto Jorge Luis lo discute por improbable: «No te creo. No creo lo que estoy viendo, como está dicho en mi cuento “Orbis Tertius”. Soy más apóstol que santo Tomás, pues el intelecto su-

8. CASTELLANI, *El Evangelio de Jesucristo*, ed. Vórtice, cit., p. 300.

9. Leonardo CASTELLANI, *Doce parábolas cimarronas*, Buenos Aires, Ed. Itinerarium, 1959, pp. 121-129.

pera la vista. Santo Tomás debió pedirle a Cristo una demostración geométrica de la cuarta dimensión; dado eso, creería yo en Cristo». Borges, en el paliq, cita su nota al poema «El Paseo de Julio»¹⁰, a lo que Epulón, comenta: «Hay más filosofía en esa nota que en todos los libros del padre Quiles». Por momentos, el diálogo se hace en lengua de Uqbar y nada se entiende. Sobre el final la discusión se centra en la posibilidad de un «fuego espiritual», que Borges denuncia como *contradictio in terminis*. Por fin, Epulón le pide la mano para que se cerciore que hay infierno, a lo cual, Borges prontamente responde: «Piteograntis recadnossi pelakruntos macartiflis recánchigo». Y lo manda a Epulón al mismísimo Infierno, apelando al agua bendita y a invocaciones religiosas. Sugestivo final.

La atención sostenida que Castellani concede al ensayo borgesiano se debe a que, como se verá más adelante, es el despuntar de una blasfemia entre nosotros, planteo hasta entonces desconocido.

Una segunda blasfemia atribuida a Borges se refiere a la virginidad de María¹¹: «Y así hay algunos que rechazan a Dios porque tienen una opinión errada de Dios; y hoy día hay muchísimos. Borges, por ejemplo, cuando blasfema, me parece que blasfema en católico, pero no en judío. Una blasfemia de Borges: “No amo a la Virgen porque es virgen”. Un judío hubiese blasfemado al revés: “No me gusta la Virgen María porque no es virgen”, y esta reflexión me la hizo un librero judío amigo mío. Odia a Dios porque cree que Dios se parece a un vejete con chiva o se parece a algunos sacerdotes que lo predicán, o, mejor que no lo predicán» (p. 238) Y, más adelante:

«Se puede no conocer al Amor absoluto sino como a un vejito con chiva, o un hombre con melena rubia peinada al medio mostrando un corazón, o san Ignacio de Loyola vestido de Gran Inquisidor –no fue amigo de la Inquisición Ignacio de Loyola– como le pasa, por ejemplo a

10. Ver nota 7.

11. Leonardo CASTELLANI, *Psicología humana*, Mendoza, Ediciones Jauja, 1997, p. 238.



mi cofrade a quien quiero y admiro Jorge Luis Borges» (p. 250)¹².

4. Los rasgos borgesianos

Castellani leyó un caudal considerable de la obra de Borges. Primero, *Discusión*, luego *Otras inquisiciones*, *Ficciones*, *Poemas* –de entre los que sacó el conjunto preferido: «Poemas de los dones», que consideraba el mejor del autor, «Fundación mitológica de Buenos Aires», «La noche cíclica» y «Poema conjetural»–, algo de *Historia universal de la infamia*, parte de *Evaristo Carriego*, *El informe de Brodie*, *El oro de los tigres*, *Antología personal*. Sobre varios de ellos escribió juicios críticos. Todos revelan una atención particular respecto de Borges. Uno de los primeros, si no el inicial, que destinara al autor fue el titulado «Inquisiciones y sombras teológicas» (ya citado). Estas páginas contienen casi lo esencial de la opinión de Castellani. Califica a *Otras inquisiciones* como «un acontecimiento literario argentino la aparición de un tomo de ensayos y notas que recogen el pensamiento de Jorge Luis Borges, desde 1937 a 1952» (cit., p. 188). Opina:

«Literaria y socialmente bien educado, doctísimo en literatura rara, de gran estirpe provinciana, con obsesiones filosóficas y teológicas, no afiliado a ningún partido, ni a

12. Hay algunas observaciones circunstanciales en páginas de Castellani sobre Borges que deben leerse contextualmente. Por ejemplo: «Borges es un *bluff-femo*. Las revistas católicas aquí lo citan y aducen con gran ceremonia y revirando los ojos en alto. *Nec nominatur in vobis*», dice en Leonardo CASTELLANI, «Reflexiones de un recluso», recogido en *Crítica literaria*, cit., p. 479. Atiende a que no se distingue en él lo que hay de valor literario y lo que hay de distanciamiento doctrinal respecto del catolicismo. Borges no es asimilable a una concepción cristiana del mundo. En otro pasaje alude a la propaganda desmedida sobre la obra borgesiana y el colocarlo a la par de Shakespeare. La observación de Castellani atiende, caritativamente, a un mal que pueda hacerse al autor: «A Borges le están haciendo daño con esa propaganda desafortada, ¡al alma de Borges!». (*Ibid.*, p. 493). Riesgos de la «borgiolatría», este término es de Castellani.

propaganda alguna, con odios y amores intelectuales vivísimos pero contenidos, morador del mundo de los libros y de los problemas intemporales, destilador de esencias, crítico de acendrado gusto, notable poeta, intelectualmente dandy, snob y eufuista, mucho más inglés que cualquier criollo y más criollo que los ombuses, poseedor y poseído de una misteriosa angustia, desdeñoso de su público, curiosísimo coleccionador de curiosidades» (p. 188).

Sobre el final de su síntesis de rasgos borgesianos, apunta uno dominante, como es la tentación del autor hacia lo extraño, curioso, apartadizo, antes que a lo verdadero. Agrega:

«Borges es un exquisito sofista y un peligroso malabarista de ideas, además de un simulacro de filósofo y un crítico literario de gran altura aunque parcial. También es uno de nuestros más indubitables poetas. A pesar de su gran ingenio, para el gran público es aburrido; porque el ingenio, la agudeza, la erudición, la retórica y la desesperación pueden simular la vida, pero no pueden engendrarla» (p. 189).

Hay otra observación firme y confirmada por el tiempo:

«Esteta puro, maneja con misterio tres o cuatro sofismas viejos, siempre los mismos, teniendo habilidad para pulirles ya una, ya otra faceta: el eterno retorno, el problema del tiempo, la objeción de Zenón contra el movimiento, la objeción idealista a la realidad del conocimiento y del ser, la objeción maniquea. Lía sometido esos sofismas al tratamiento estético, a una química poética. Eso sirve» (p. 190).

Y una agudísima percepción:

«Borges padece de agorafobia: busca los rincones de la literatura; y cuando topa con una gran plaza, la cruza de una disparada frenética. Después que la ha cruzado, describe, con esa su belleza verbal de avezado poeta lo que ha pescado en ella; y la gran plaza (Cervantes, Dante, Quevedo,



José Hernández) comienza a achicarse rápidamente y se convierte en rincón; a veces, sombrío» (p. 191).

Y retoma Castellani sus consideraciones desde lo teológico:

«Su inquina contra Dios (contra el Cristo, la religión organizada, la tradición, la moral humilde de los hombres comunes...) es cautelosa y tímida: cuando tira al cielo una piedra esconde la mano. Sus blasfemias son elaboradas y reticentes. ¿Es eso buena o mala señal? Pido a Dios que sea buena señal. Sin embargo, más sanos me parecen los grandes blasfemadores furiosos, como Carducci o Víctor Hugo... o el “Misionero” de San Justo. No obstante, estoy dispuesto y aun inclinado a creer que su odio a Dios es solo aparente; que es solamente un ansia de un Dios vivo y verdadero frente al que le parece muerto y pintado. Es posible. No es nuestro dictaminarlo» (p. 191).

Y afirma: «Borges tiene en la Argentina una misión providencial... o dos». En primer lugar «es un escritor que sabe su oficio. Para esta tierra, aquí, ya es algo, eso es mucho, eso es grande y eso es... escaso» (p. 192). «Lo segundo, hay que darle trabajo al canónico teologal», es decir que alguien debe atender a las cuestiones teológicas que plantean los escritores de nuestro país. «No había en la Argentina herejías autóctonas. Eso ha cambiado ahora. Existe la herejía autóctona de Borges y la mía» (p. 192). Ve en Borges vestigios de «una especie de protestantismo radical y duro, sin dogmas, sin tradición, sin Escritura; pero con varias *sombras teológicas*: la sombra de Manes, la sombra de Knox... ¿Qué hacemos, caro canónico teologal? A Borges no lo vamos a ahuyentar con agua bendita. Efectivamente, Borges en el fondo es también *teologal*: hay un teólogo y un filósofo frustrados en él» (p. 192).

Eres años después, vuelve sobre el autor en un artículo titulado «Los grandes literatos perciben el fenómeno de lo demoníaco»¹³. Advierte que *Ficciones* se abre y se cierra con la misma

13. En CASTELLANI, *Crítica literaria*, cit. pp. 194-200. Aquí critica el concepto de «infinito» en «La biblioteca de Babel».

herejía: «el impostor Jesucristo», planteado en «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» y en «Tres versiones de Judas»¹⁴:

«Esta versión de Judas es una blasfemia de supremo calibre, muy elaborada, calculada, casi disimulada; no proferida en un impulso de cólera o despecho, como la blasfemia ordinaria, sino montada lenta y artificiosamente; no es una puñalada, como si dijéramos, es una envenenación [...]. Tiene la simplicidad de lo absoluto y la facilidad de lo invertido, como la misa negra. Lo complicado es la elaboración y la expresión de esa blasfemia fútil por Borges» (p. 196).

Lo que, al parecer, quiere lograr es una burla sutil del discurso teológico, «como Butler, parodia el razonamiento teológico. Borges, como buen poeta, puede parodiar modos, procedimientos». Y se pregunta si este procedimiento es natural en él, sofisticado, o si se trata de algo intencional, sofístico: sabe que no es verdad lo que propone y su intención es engañar a otros. Y estima que la actitud de Borges revela un rasgo de nuestra época:

«Estos fantaseos “benévolos” con Judas denuncian también una tendencia de la molicie y cobardía moral de nuestra época, que recula ante las cosas supremas, ante la bondad suprema y la maldad suprema; preferimos en moral el gris y el rosado sucio al negro y blanco; señal simple de falta de sentido moral [...]. Así hoy, el criminal se transforma en enfermo, el perverso en un resentido, el demoníaco en un histérico o epiléptico. Elegantemente, se ha tratado de salvar al diablo, de maquillarlo, al menos. Seamos humanos con el diablo» (p. 199).

Castellani cree que los grandes escritores de fines del XIX y comienzos del XX percibieron con nitidez el fenómeno de la per-

14. Borges «tenía a medio imaginar», hacia 1945, un cuento que sería «un diálogo tranquilo y abstracto; gradualmente se comprenderá que sucede en un arrabal de Jerusalén; gradualmente se comprenderá que los interlocutores son Judas y Jesús», en el discurso de agradecimiento por el gran premio de la SADE, en *Sur* (Buenos Aires), año XIV, n. 129 (1945).

versidad (*the imp of perversity*, que decía Poe), de lo *demoníaco*, desde Blake a Baudelaire, de Kierkegaard a Dostovieski. Hoy, esa percepción alerta se ha amortecido y ello es teológicamente grave. Buen diagnóstico, de lo que se ha agravado posmodernamente¹⁵.

5. Borges y Gracián

En dos ocasiones Castellani se ocupó del poema «Baltasar Gracián», que leyó en la *Antología personal*. La primera vez lo hizo en 1962, en un trabajo titulado «Gracián y Borges»¹⁶. «Borges parece no haber leído a Gracián, sino solamente la poesía de Martínez Estrada, la cual menos brillante, es con todo más vez-raz»¹⁷. «El retrato que Borges traza de Gracián es un puro disparate». Esto es cabalmente cierto. Quienes hemos leído realmente todo Gracián sabemos que Borges lo que maneja son simplifica-

15. Es interesante la indicación de una posible fuente, «o más que fuente», de Borges para el cuento «El Evangelio según san Marcos» (*El informe de Brodie*), que Castellani estima el mejor del libro y cree que «es un plagio de uno inglés, de Harrison: *An Alien Agony*, publicado por Nova Publication, y recogido en la antología *More Penguin Sciencia Fiction*, Penguin Books. Puede que no sea plagio, sino simplemente una adaptación o trasposición. No tengo a mano el original inglés para cotejar» (p. 203). En otro sitio analizo esta cuestión.

16. Leonardo CASTELLANI, en *De este tiempo* (Buenos Aires), n. 5 (1962); recogido en *Crítica literaria*, cit., pp. 185-187.

17. Se refiere al poemita «Baltasar Gracián» en *Nefelibal* (1922):

«Das la impresión ambigua
de un monje simbiótico
mayusculando en gótico una
inicial antigua.

Tu monacal paciencia
de glíptico y de orfebre
bordó en horas de fiebre
arabescos de ciencia.

Así, en cada versículo tan alto
resplandeces que, como el
Cristo, a veces me pareces
ridículo».



ciones de manual y reduccionismos deformadores, que repite en parte. Lo que también es firme es que, una vez más se cumple en Borges que el retrato de alguien se le transmute en autorretrato. «Ese es el retrato de Borges. *Proyección* llaman los psicólogos actuales al fenómeno por el cual uno proyecta su propia imagen en otra persona» (p. 187). «El poema es excelente en el aspecto formal y estilístico», pero la imagen del sujeto es falsa. «Borges y Gracián coinciden en que para ambos la *agudeza* es el supremo criterio de la belleza literaria; en todo lo demás difieren» (p. 182)¹⁸.

En el segundo trabajo, «Baltasar Gracián», de 1971, retoma sus consideraciones, las reafirma y amplía: «Poema que tiene la insólita peculiaridad de ser un mal retrato de Gracián mas un buen retrato del mismo Borges»¹⁹.

Los rasgos de la autobiografía borgesiana son netos: «Laberintos, retruécanos, emblemas», «No hubo música en su alma, sólo un vano / herbario de metáforas y astucias, / y la veneración de las argucias / y el desdén de lo humano y sobrehumano». El «herbario de metáforas» habla de Borges ultraísta. Castellani dirá que Borges condena a Gracián a «un infierno bórgico», en el que, por la eternidad, sigue revolviendo en la memoria: «laberintos, retruécanos y emblemas». Cierra su largo artículo con un poema «parodiando a Borges», escrito a la manera de «Baltasar Gracián». Es una forma de apropiamiento de Borges por Castellani, entre burlas y facecias (diría Gracián).

He ido, sobre el hilo del ordenamiento cronológico de los juicios y estimaciones de Castellani sobre Borges –para que se aprecie su despliegue, desarrollo y evolución– sólo orlando con algún apuntamiento personal, las palabras de Castellani que merecían ser citadas con generosidad. El último de los textos que he alcanzado del Padre sobre su colega se titula simplemente «Borges» y data de 1972²⁰. Creo que la simple transcripción del párrafo

18. Cuando Borges dice que, para Gracián: «la poesía / fue helada y laboriosa nadería / reducida por él a estratagemas», no alude, como cree Castellani, a la poesía propia del jesuita –que no la escribió– sino al libro en que la analiza: *Agudeza y arte de ingenio*.

19. Recogido en CASTELLANI, *Crítica literaria*, cit., pp. 341-360.

20. Leonardo CASTELLANI, «Borges», *Verbo* (Buenos Aires), n. 124 (1972); recogido en *Crítica literaria*, cit. pp. 201-205.



esencial del mismo es el mejor cierre a esta labor de taracea. Es un buen arqueo final:

«No hay que querer mal a Borges; al contrario, si se puede. No tenemos tantos buenos escritores en la Argentina para despreciar a ninguno. Hay que olvidar sus blasfemias, que al fin son pocas y disimuladas; y abstraer todo lo malo de él, quedándonos con lo bueno, con su ingenio, su altivez y distinción, su conocimiento de la literatura, su uso del español, casto aunque afectado... Y, por profesión he leído sus libros cada vez que me los prestaron; es decir, casi todos. Y a lo mejor pasa conmigo lo que él nos descubre y pasó con él y el nórdico Hengist, a saber: que Dios creó a Borges para que yo escribiera estas líneas» (p. 205).

Un final casi borgesiano, pero de cristiana fraternidad comprensiva.